

DANIEL MELLA

El hermano mayor



C

Editorial Comba

Colección Narrativa

DANIEL MELLA

El hermano mayor



Editorial Comba

Imagen de la portada:

Dibujo de Egon Schiele. *Autorretrato con camisa a rayas* (1910)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Diagramación: Roger Castillejo Olán

© Daniel Mella, 2017

© Editorial Comba, 2017

c/ Muntaner, 178, 5º 2ª bis

08036 Barcelona

Autor representado por Silvia Bastos, S.L. Agencia Literaria

ISBN: 978-84-947203-2-1

Depósito Legal: B-19.050-2017

A mi familia: sin ustedes no habría historia.

Su muerte va a caer un 9 de febrero, para siempre dos días antes de mi cumpleaños. Alejandro tendrá 31 la madrugada de esa fecha cuya luz jamás verá y en la que de cuatro hermanos pasaremos a ser tres. Yo, el mayor de los varones, voy a estar al filo de los 38. Esa misma mañana mamá (64), sentada a mi lado, de lentes negros, dice:

—¿Por qué a él que le gustaba tanto la vida? ¿Por qué, Ale, cuando hay otros que se pasan quejando de todo?

Mientras papá (69) y Marcos (27) van camino a Playa Grande a reconocer el cuerpo, en el porche trasero de la casa de mis padres yo le cebo mate a la visita: los primos, los tíos, varios vecinos. Como nadie se queda quieto se me hace difícil recordar el orden de la ronda. Mamá no andaba muy errada.

Tenés razón, le respondo. Tendría que haber sido yo.

Ella resopla, no quiso decir eso. Pero yo le digo que habría sido lo más justo. ¿O no? ¿Quién es el pesimista acá?, pregunto.

—¿Por qué todo siempre tiene que tratarse de vos? La verdad es que últimamente no sé qué te pasa. Estabas mejor, pero últimamente no sé.

Le pregunto cuándo fue la última vez que me vio feliz. Pero feliz como Alejandro, le digo: explotando de felicidad. Cada guiso que se comía era el mejor guiso que había comido en su vida, ¿te acordás? Se corría una ola y era la mejor ola de su vida. ¿Alguna vez me viste completamente feliz?

Mamá me mira por unos segundos. No se le ven los ojos detrás de los cristales. Tiene las manos apoyadas en las rodillas y lleva un ritmo nervioso con el pie.

—No puedo pensar ahora —dice.

Porque no es fácil acordarse, le digo yo. Pero ¿cuándo fue la última vez que viste feliz a Alejandro? Seguro que Ale estaba feliz la última vez que lo viste. Y la vez anterior también, y la anterior a ésa... ¿No era el tipo más feliz que conocías?

—Sí y no. Yo siempre pensé que en el fondo Ale guardaba una tristeza. La vida que llevaba, sin compromisos...

Pero ¿y quién no? ¿Quién no estaba un poco triste siempre en el fondo? Pero no me digas que de todos nosotros Alejandro no era el mejor equipado para la vida. ¿Quién tenía ese lomo? ¿Te acordás lo que era ese pecho? Era un león. Era solar.

—Me acuerdo de sus abrazos. Me acuerdo que me decía mamucha —dice mamá.

Todo el mundo se acordaba de sus abrazos. Alejandro abrazaba a todo el mundo. Le gustaba meterte en

la amplitud de su cuerpo. Lo hacía para alardear. Te abrazaba para que le sintieras los músculos. Te abrazaba hasta que le sentías el bulto a través del pantalón.

Cuando yo tenía 4 años me había hincado junto a la cama de mi madre, que estaba engripada, y me había puesto a rezar para que se curara. A ella le gusta decir que la hice sentir mejor instantáneamente. Es uno de los recuerdos clásicos que tiene de mí. Siempre me gustó escucharla contar ese momento, incluso durante nuestra época más complicada. Tanto contar esa historia, ¿me estaba pidiendo, de algún modo, que nunca dejara de rezar por ella? Yo jamás había sabido cómo ayudarla. Ella jamás me había pedido ayuda. Hasta donde yo sabía, jamás le había pedido ayuda a nadie.

A ella no le gusta el mate; igual le paso uno. Cuando se descubre con el mate en la mano me lo devuelve, se levanta, y sin mediar palabra se mete para adentro cerrando el ventanal corredizo.

Los que se morían antes de tiempo eran siempre los más felices o los más talentosos. Los que se mueren antes de tiempo siempre son los más felices de todos, le disparo a tía Laura ni bien mamá se va.

La tía, en una silla a mi derecha, oyó toda nuestra conversación. Es la única hermana de mi padre. Igual que papá, igual que yo, tiene la columna jodida. Nuestras averías se originan en la parte baja de la espalda. Lo mío fue una vértebra del sacro. Lo que uno ve, en una radiografía del sacro, es una cara de hueso traslúcida, de ojos

vacíos, de un ser de otro planeta. Los médicos chinos lo llaman el rostro de Dios. La nariz es ancha y larga y llena de promontorios. La boca, una grieta un poco hendida, recuerda a los labios cerrados de ciertos reptiles.

¿Puede ser?, le pregunto. Los más felices o los más talentosos. Es como una ley, ¿eh, tía? Hay que tener ojo con los que andan muy felices por la vida. Son un peligro, ¿no es cierto? Siempre están a punto de irse a la mierda. Me pasa con Paco (7). Con Juan (5) no tanto. Juan es más seco, más malhumorado. Pero Paco es un gurí que se despierta contento, hablando hasta por los codos. Se acuesta contento, se despierta contento. Todo el mundo te menciona qué gurí feliz, qué gurí más amoroso. Ojalá dejaran de hablar así, tía. No sabés cuánto temo por Paco. ¿Querés un mate?

—¿Sabés qué me dijo tu hermano la última vez que lo vi? —me pregunta ella entonces—. Dijo que le tenía fe a esa casilla.

La última vez que vio a Alejandro fue una noche hace dos semanas, en La Paloma. Papá también estaba: había ido a pasar unos días con ella y con el tío, y también acabó siendo la última vez que papá lo viera. Esa noche iban a hacer pizzas en el horno de barro y, sabiendo cuánto le gustaban a Ale, lo llamaron para que se venga. Ale se tomó el ómnibus desde Santa Teresa ni bien salió de la playa. La tía, enterada de que Alejandro acampaba, le había preguntado dónde dormía con las tormentas que venía habiendo. Él le respondió que se iba para las casas de unos amigos cruzando el cerro Rivero, pero que a veces se iba para la casilla de playa Grande.

—¿Podés creer? —dice la tía—. Un guardavidas, un surfista, que sabe lo peligrosa que es la playa cuando hay tormenta eléctrica. Él decía que la casilla llevaba no sé cuántos años sin que le pasara nada, que había sobrevivido varios inviernos sin que el viento la tirara ni que le pegara un rayo. «Le tengo fe a esa casilla», me dijo.

Yo no sabía que Ale había dicho eso. Nunca tenía saldo para llamarlo. Nos mandábamos mensajes o era él que llamaba, y nunca había mencionado que durmiera en la casilla para guarecerse. Ni una vez se me había pasado por la cabeza que él pudiera estar en peligro por lo de las tormentas. Yo tenía otras preocupaciones ese verano.

—No sé si esta vez no se enteró de la tormenta que se venía o qué pasó, pero es horrible, ¿no te parece? —dice ella.

Tenía fe en esa casilla. Dejó el cuerpo en un lugar donde tenía fe. No sé si es tan horrible, le dije.

—Admiro tu capacidad para el dolor —dice la tía después, sacándose lágrimas con las uñas de los pulgares.

¿Qué estás diciendo, tía?, le pregunto.

Se toma el mate, asintiendo mientras traga.

—Te admiro de verdad —dice.

No sabe lo que dice, pero no importa.

En el pasto junto a la glicina está Enrique tomando de su propio mate con Guido. Enrique es flaco, la cara chupada por la falta de muelas. Julio es panzón y no lo conozco sin bigote. Desde que tengo memoria viven uno al lado del otro en diagonal a de lo de mis padres.

Guido sigue solo después de quince años de que su mujer se fuera, sigue manejando un taxi nocturno, y al menos exteriormente se encarga de mantener su casa en buen estado. La única diferencia entre su casa de antes y la de ahora es el muro que lo separa del criadero de ratas de Enrique, que tiene todo su terreno cubierto por basura. Es un muro de más de tres metros de altura porque Enrique, que jura que trabaja de clasificador, tiene la basura apilada en unas estructuras monstruosas de palo y de lona. Desde la calle no se aprecia orden ni concierto en la basura. Lo que se ve es un tolderío detrás del cual apenas se insinúa la casa de bloque construida al fondo, que ya en mi infancia será una ruina.

—¿Esos dos no se odian? —dice tía Laura—. Se ve que hoy vale todo.

La mañana del 9 de febrero me agarró en casa de mis padres. Estaban mis hijos también. El día anterior, el lunes 8, yo los había traído a ver a sus abuelos, y como estaba su prima Catalina (16), la hija de Mariela (39), terminamos acampando en el living.

Lo primero que oigo al traspasar el ventanal y entrar a la cocina es a Mariela y a los nenes decidiendo qué película poner a una pared de distancia, en mi pieza, ahora el estudio de mi padre. Mamá, todavía de lentes de sol, ocupa el sillón frente a la tele sin sonido. Por momentos mira la pantalla y por momentos se mira las manos sobre la falda. Ni bien me ve, levanta la derecha mostrándome

su celular en un gesto extraño, como de saludo, mientras con la otra mano se prende al control remoto.

—¿Te animás a mandarle un mensaje a Alejandro?
—me dice—. Vengo tratando pero no distingo las teclas.

Alejandro no está, le digo yo. ¿Cómo le voy a mandar un mensaje?

—Ponele: *Ale, decime que no sos tú, mamá* —dice. Capaz que no es él. Capaz que se confundieron.

De pronto estoy en cuclillas sacándole el teléfono de la mano, nuestras cabezas prácticamente a la misma altura. Le explico, hablándole como a los sordos, viéndome en sus cristales oscuros, que llamaron los amigos de Ale. El que lo encontró muerto fue el Enano, que trabaja con él, que lo ve todos los días.

—Si le pegó un rayo, capaz que estaba irreconocible —dice ella.

En ese momento surge Mariela del pasillo con el teléfono de línea al oído. Se da cuenta de que ocurre algo raro y le pide un momentito a su interlocutor, tapa el micrófono y me clava sus ojos amarillos.

Mamá quiere que le mande un mensaje a Alejandro, le explico.

Mariela reflexiona por un segundo, luego me dice que mande el mensaje.

¿Que le mande el mensaje? ¿Que le mande un mensaje de texto a Alejandro?

—Se lo mandás y listo —dice Mariela, y regresa por donde venía. La oímos encerrarse en el dormitorio matrimonial. En el porche nadie parece estar pendiente de nosotros. Algunos bajaron al pasto, al sol. Entonces

se me ocurre que lo puedo llamar. Puedo llamar a mi hermano y ver quién atiende. Cometo el error de decirlo en voz alta. Mamá se desespera.

—¡No! —dice—. ¡No lo llames, no lo llames!

¿Por qué no? Ahorramos tiempo si lo llamo.

—Vos mandale un mensaje y dame el teléfono y te olvidás, si tanto te molesta.

Pero no me voy a poder olvidar. Voy a estar como ella, esperando que alguien responda el mensaje y que el que lo haga sea mi hermano, que ya no ve ni oye, ni tiene una voz, ni tiene dedos para manejar su iPhone.

—Mandale el mensaje y dame el teléfono, por favor —dice mamá.

Ni bien mando el mensaje, mamá me saca el celular de las manos. Dice:

—No le pusiste lo que te pedí.

Te quiero chupaverga, le había escrito.

—¿Esto es lindo para vos? —dice mamá después de leerlo.

Sin previo aviso, siento las primeras lágrimas del día. Con su silencio, en el que prácticamente me puedo apoyar, mamá sondea mi dolor, pero mi dolor no es mío. Como vaticinara, sin que lo pueda evitar, en mi mente se forma la imagen de Alejandro vivo todavía. No hay chance, pero lo veo volviendo de la casa de alguna mina, llegando tarde al trabajo cansado y medio en pedo. Mamá parece aliviada ahora que abrevamos del mismo charquito miserable.

—Cuando estábamos afuera —dice entonces, delicadamente—, no quise decir que prefería que fueras

vos en vez de Alejandro. Jamás diría algo así. Me interpretaste mal.

No tiene de qué preocuparse. Si hay un día para volverse loco, es hoy.

Ella dice que va a aprovechar para acostarse un rato.

Poco tiempo atrás, en setiembre, Mariela había enterrado a Milena, su hija bebé, así que sabe exactamente qué trámites hacer. Se agendó todos los números y ahora se va encargando de las llamadas pertinentes. Mauro, su compañero, igual de entrenado, ofreció su auto para llevar a papá y a Marcos hasta Rocha. Sentados a la mesa de la cocina, con la película de los gurises sonando al fondo, mamá intentando dormir en su dormitorio, Mariela me detalla el proceso:

—En la morgue lo van a abrir para ver de qué se murió. Lo más seguro es descarga eléctrica, pero hay que eliminar todas las demás posibilidades. Mañana a las once va a llegar el cuerpo a la sala velatoria Salhón, al lado del shopping. Ahí nosotros, la familia, vamos a tener dos horas para estar con él.

Lo dice como si ya hubiera pasado.

—Vamos a invitar a la gente de la una a las tres. A las tres sale la caravana, y en el Parque del Recuerdo, donde enterramos a la beba, va a haber un servicio. El que quiera decir algo va a poder hacerlo. En lugar de entierro, papá y Marcos dicen que Ale habría preferido que lo incineren y tiren sus cenizas en la playa.

¿Tiren?

—¿A vos te parece bien? Las llevamos a La Paloma y las tiramos ahí.

Me parece bien, pero no se tiran. Se entregan, se esparcen, se devuelven.

Recuerdo cómo la conversación me iba afectando el estómago. Me recuerdo eructando y luego diciendo: Se murió, está muerto. Me recuerdo repitiéndolo. Luego Mariela se puso a calentar el stroganoff. Ya estábamos cerca del mediodía y los nenes no habían comido. Mientras ella revisaba la heladera, el primo Timoteo da unos golpes en el ventanal, entra con el termo en la mano y pregunta si se puede hervir más agua, le pasa el termo a Mariela y vuelve a salir.

Mauro y Mariela tardaron quince años en buscar un hermano para Catalina. Mariela quiso terminar su carrera, luego vino el posgrado. Luego, el período en que Mauro se empezó a tratar con antidepresivos cuando se quedó sin trabajo. Luego vivieron un tiempo separados, Mauro en lo de la madre, Mariela dedicada a la enseñanza, a la investigación y a su doctorado. Cuando a Mauro le ofrecieron un puesto idéntico al anterior pero en una consultora financiera nueva en el país, fue el turno de Mariela de sufrir un colapso nervioso y se vio forzada a replantearse todo. Redujo sus horas de trabajo, descubrió el yoga, retomó la natación y recién ahí, luego de haber vuelto a encontrar una estabilidad, encargaron el varoncito que Mauro siempre quiso. Ninguno de los exámenes que Mariela se hizo durante el embarazo reveló que la beba iba a nacer sin sistema inmunológico debido a una falla

genética que la privaría, además, de cualquier otro tipo de respuesta normal. Se enteraron de que algo andaba mal en el momento mismo del parto, cuando la beba no hacía ningún esfuerzo por nacer y dejó que Mariela se encargara de todo el trabajo. Milena no podía tomar la teta, no prensaba los deditos ni devolvía la sonrisa. Pero había una comunicación posible. Yo le cantaba cuando la tenía aúpa y sus ojos dejaban de extraviarse. A veces te venía la duda de si lo estabas imaginando; dudar te dejaba en una soledad total; pero la beba escuchaba. A veces parecía sonreír una sonrisa dulce, desquiciada. Cada cuatro horas había que controlarle la temperatura, regularle el oxígeno, alimentarla a través de un tubo, infiltrarle antibióticos. Mariela y Mauro se encargaron personalmente de las tareas de enfermería. Durante los nueve meses maratónicos que duró la vida de su hija los ojos de Mariela se pusieron amarillos, dejando para siempre su habitual color miel.

—Un boludo —dijo Marie mientras llena la caldera con agua—. Meterse en la casilla en la peor noche de tormenta.

Le tenía fe a la casilla. Parece que siempre iba para ahí. Según la tía, no era la primera vez que pasaba la noche en la casilla.

—Ya sé, yo hablaba con él. No le importaba mucho cuidarse.

Le chupaba un huevo.

—No tenía hijos. ¿Qué quería mamá? —dijo ella—. ¿Que le mandaras un mensaje? Pobre mami.

Luego de un lapso en el que no sé de qué hablamos, si es que hablamos de algo, le pregunté a Mariela si no le parecía que tendría que haber sido yo el que se muriera en vez de Alejandro. Mariela me miraba desconcertada desde el otro extremo de la cocina mientras revolvía la olla con el stroganoff de pollo.

Quiero decir, si te hubieran dicho que uno de nosotros se iba a morir, ¿por quién habrías apostado?, le pregunté. ¿No hubieras apostado por mí?

Mariela dijo que nunca lo había pensado. Yo tampoco, le dije, pero un segundo después ya no estaba tan seguro.

Siempre confié en que yo iba a ser el primero.

—¿Y por qué ibas a pensar eso?

¿Porque soy el mayor?

—Yo soy la mayor.

Pero ella era mujer. Las mujeres no contaban. Las mujeres vivían más que los hombres. Mariela sacudía la cabeza. Le parecía rarísimo que yo pensara así, como si estas cosas siguieran una lógica. Me creía más inteligente que eso.

Pero no es cuestión de inteligencia, pensaba yo. La gente inteligente era capaz de pensar las estupideces más inverosímiles. En una época había querido escribir un texto sobre eso, las estupideces que pensaban personas conocidas por su inteligencia superior. Todo a raíz de lo que le ocurriera a Fernán, un amigo, algunos años después de haberse casado. Lo primero que pensó, cuando la mujer no quedaba embarazada, fue que el problema era de ella. Él se calculaba el colmo de la

fertilidad porque tenía una libido fuera de lo común y andaba siempre alzado. Creía que una cosa era sinónimo de la otra. Cuando los estudios dieron que el infértil era él, se negaba a creerlo. Le resultaba inconcebible. Y es de las personas más inteligentes que conozco. Psicólogo recibido, periodista, ensayista. Pensaba en Fernán y pensaba en Bob Marley, el ídolo de la adolescencia de Mariela, que veneraba a un torturador etíope, cuando volvió a entrar Timoteo preguntando por el agua. Marie se había olvidado de poner la caldera en la hornalla. Le prometió a Timoteo que le alcanzaba el termo ni bien estuviera pronta. Luego me pidió que les fuera a preguntar a Paco, Juan y Cata si querían comer en la cocina o en el cuarto mirando la película. Se pronunciaron al unísono por el cuarto. Luego me encerré en el baño para llamar a la Negra.

A fines de diciembre se había mudado con los nenes y con su hija mayor Yamila a Shangrilá, el barrio de mi infancia, a la casa de Fabricio, el gordo que no llevaba ni dos meses siendo su nueva pareja. Por algún milagro, atendió mi llamada. Cuando le di la noticia exclamaba:
—¡No! ¡No! ¡No puedo creer! —como si ella y Ale hubiesen sido íntimos.

Le pregunté si podía venir a llevarse a los gurises. ¿Te parece buena idea venirlos a buscar? Acá hay mucha gente mal, todo es muy triste. O capaz que no importa, no sé.

—¿Qué pasó? ¿Qué le pasó a Ale? ¿Cómo fue?

Capaz que estaba bien que los nenes vivieran la experiencia. Era una muerte, nada del otro mundo.

—Cortá, que ya salgo para allá.

De vuelta en el comedor, Mariela estaba parada frente a la tele y en la tele mostraban a Marcos de lentes negros, el pelo largo atado en el moño de siempre. Llevaba una de las tablas de Alejandro y un bolso colgando del hombro. La cabeza plateada de papá iba adelante. Los mostraban de lejos, caminando por entre unas dunas bajas. Maca (27), la novia de Marcos, venía a la zaga con la otra tabla. Mauro no figuraba en la toma, debía de haberse adelantado. Mariela buscaba el control remoto para subir el volumen. Le dije que iba a ir a avisarle a mamá que papá y Marcos estaban en la tele y Marie me quiso detener.

—¿Para qué le vas a decir? —dijo ella—. Dejala.

Mamá estaba esperando que Ale le respondiera el mensaje de texto. La encontré en su lado de la cama, sentada frente a la ventana que da a la calle, las cortinas cerradas. Se levantó de inmediato. Mariela no la miró en ningún momento, no la vio petrificarse al ver la pantalla. Mismo plano, solo que ahora papá, Marcos y Maca se habían detenido y conversaban. Mamá tomó asiento en su sillón. Mientras acomodaba los brazos en los apoyabrazos, se volvió consciente del control remoto en su mano izquierda. Pareció a punto de usarlo pero dejó el volumen en cero hasta el final.

—Yo siempre pensé que un día iba a ver a Ale tocando la guitarra en la tele. No esto —dijo, cambiando de canal.

—Está la caldera —dijo después, cuando la caldera se puso a chiflar.

Con la caldera todavía chiflando, Mariela yendo a sacarla del fuego, la Negra me hizo llegar un mensaje desde el portón. Por la ventana delantera se la podía ver detrás de las rejas verdes, cabeza gacha, manos juntas sobre el vientre.

—¿La vas a hacer entrar? —dijo mamá, que la podía ver perfectamente desde su posición sentada.

Abrí y, en vez de que ella entrase, salí yo por el portón. La Negra se había juntado todas las motas en un centenar de trencitas. Me siguió unos pasos hasta el jacarandá, fuera de la vista, diciendo:

—¿Cómo estás? ¿Cómo están?

Tenía que salir a tomar aire, y le pedí que me abrazara. Lo hizo apoyando conscientemente sus palmas abiertas en mis omóplatos. No podía recordar la última vez que la había tenido tan cerca. Traté de olerla, pero, sin que lo pudiera evitar, mis ojos se pusieron a buscar la pick-up blanca del gordo, encontrándola veinte metros calle arriba, apuntando hacia Giannattasio, el sol en los vidrios. Una de mis manos se fue a posar debajo de su cintura, donde en lugar de un valle la Negra tiene un promontorio, el rabo trunco de cuando era embrión. Le pedí perdón.

—¿Qué pasó? —respondió ella separando el oído de mi pecho, soltándome la espalda, dando un paso atrás.

Yo quería que me perdonara por ser un gil. Las llamadas, los mensajes, las invitaciones. Piré. No sabés el infierno, le dije.

—A mí me parecía que no era amor...

Se me caía el mundo, ahora sé que no era nada. Con esto de Ale me puedo dar cuenta. Ya está. Se despejó la nube. Es increíble la muerte.

—Disculpas aceptadas —la oí decir, y la vi llevándose una mano al corazón.

Rumbo a la parada una chiquilina de mochila con las manos hundidas en los bolsillos del canguro miraba la cantidad de autos estacionados frente a lo de mis viejos: el de Mariela, el de Leti, el de los tíos, el de los primos, la camioneta blanca. Habrá pensado que se trataba de un cumpleaños o de un asado.

Que hubiera elegido quedarse con el gordo Fabricio era lo mejor. Se había asegurado un esclavo para siempre. Sinceramente, le dije a la Negra ahí, enfrente a lo de mis viejos. Es un tipo solvente, tiene su propio negocio. Tampoco es muy agraciado, o sea que no te lo van a mirar mucho por la calle: una preocupación menos. Hiciste bien, buena decisión. Si está en la camioneta, decile que baje, todo bien.

—Vine sola.

Yo había llegado a rezar en una época. Había llegado a rezar para que la Negra encontrara a alguien, alguien que le siguiera la cabeza, que la quisiera como ella quería.

—Ya está, Dani. Todo eso ya está. ¿Qué pasó con Alejandro? Contame. ¿Cómo están los nenes?

A Ale lo partió un rayo. El pajero durmió en la casilla de guardavidas y la quedó, hubo terrible tormenta en Rocha. Ya te traigo a los nenes.

—Quiero entrar. Si está tu madre, la quiero saludar.

Editorial Comba

1. Tomás Browne
Las semillas de Urano
2. S. Serrano Poncela
La raya oscura
3. Enrique Lynch
Nubarrones
4. Juan Bautista Durán
Convivir con el genio
5. Andrea Jeftanovic
No aceptes caramelos de extraños
6. Rosa Chacel, Ana María Moix
De mar a mar
7. Matías Correa
Geografía de lo inútil
8. Rosa Chacel
La sinrazón
9. Ernesto Escobar Ulloa
Salvo el poder
10. Alfonso Reyes
Memorias de cocina y bodega
11. Esmeralda Berbel
Detrás y delante de los puentes
12. Ignacio Viladevall
Luz de las mariposas
13. Tatiana Goransky
Los impecables
14. Andrea Jeftanovic
Destinos errantes

15. Federico Valenciano
Frontera con la nada
16. Constanza Ternicier
*La trayectoria de los aviones
en el aire*
17. Rodrigo Díaz Cortez
Metales rojos
18. Rosa Chacel
Memorias de Leticia Valle
19. Jordi Dalmau y Lidia Górriz
Un nido de agujas en el colchón
20. Tomás Browne
Silbar los viajes
21. Tatiana Goransky
Fade out
22. Karla Suárez
El hijo del héroe
23. Daniel Mella
El hermano mayor



ESTA EDICIÓN DE *EL HERMANO MAYOR*
SE ACABÓ DE IMPRIMIR EN CAPELLADES
EN SEPTIEMBRE DE 2017